

LXVI.

LLEGADA DEL PRÍNCIPE Á HUNGERFORD.
ESCARAMUZA DE READING.

El martes 6 de diciembre, á última hora, llegó el Príncipe á Hungerford. Pronto se vió la pequeña ciudad llena de hombres de rango é importancia que acudían allí de muy distintos lugares. Escoltaba al Príncipe un fuerte cuerpo de tropas. Los lores del Norte llevaron consigo algunos escuadrones de caballería irregular, cuyos arreos y aspecto movían á risa á los que estaban acostumbrados á la espléndida apariencia y movimientos precisos de los ejércitos regulares (1).

Mientras el Príncipe permanecía en Hungerford, se verificaba un sangriento encuentro entre doscientos cincuenta soldados de sus tropas y seiscientos Irlandeses que ocupaban á Reading. En aquella ocasión pudo probarse la superior disciplina de los invasores. Aunque muy inferiores en número á sus contrarios, merced á un vigoroso ataque, hicieron huir en confusión las tropas reales por las calles de la ciudad, hasta la plaza Mayor. Allí los Irlandeses trataron de rehacerse, pero atacándoles con vigor por el frente, y con ayuda de los vecinos que al mismo tiempo hacían fuego sobre ellos desde las ventanas de las casas inmediatas, llenos de desaliento se dieron á la fuga, dejando en el campo cincuenta hombres y las banderas. De los vencedores sólo cayeron cinco. Es indescriptible

(1) *Diario de Clarendon*, dic. 7, 1688.

la alegría con que recibieron estas nuevas los Lores y caballeros que se habían incorporado á Guillermo. No había en lo sucedido nada que pudiera lastimar sus sentimientos nacionales. Los Holandeses no habían batido á los Ingleses, sino que habían ayudado á una ciudad inglesa á librarse de la insoportable dominación de los Irlandeses (1).

LXVIII.

LLEGADA DE LOS COMISARIOS REGIOS Á HUNGERFORD.—
ENTÁBLANSE LAS NEGOCIACIONES.

En la mañana del sábado, 8 de diciembre, llegaron á Hungerford los Comisarios regios. La guardia personal del Príncipe les hizo los honores militares. Fueron recibidos por Bentinck, el cual propuso conducirlos inmediatamente á presencia de su amo. Indicaron su deseo de que el Príncipe les concediese una audiencia privada, pero se les informó que había resuelto escucharles y darles la respuesta en público. Fueron introducidos en el dormitorio de Guillermo, donde le encontraron rodeado de una multitud de nobles y caballeros. Habló Halifax, cuyo rango, edad y talento le daban cierta superioridad sobre sus compañeros. La proposición que los Comisarios tenían encargo de hacer, era que se sometiesen los puntos discutidos á la decisión del Parlamento que á la sazón se estaba ya convocando, y que entretanto el ejército del Príncipe no se acercase á más de treinta ó cuarenta

(1) *Historia de la deserción*; Citters, dic. 9 (19), 1688; *Diario exacto*; Oldmixon, 760.

millas de Londres. Halifax, después de anunciar que esta era la base sobre la cual, él y sus compañeros, estaban dispuestos á tratar, puso en manos de Guillermo una carta del Rey, y se retiró. Guillermo abrió la carta, y pareció muy conmovido. Era la primera vez que le escribía su suegro desde que se habían hecho enemigos declarados. En un tiempo habían estado en buenas relaciones, y se habían escrito familiarmente, y aun cuando habían empezado á mirarse con mutua desconfianza y aversión, no habían suprimido en su correspondencia aquellas fórmulas cariñosas de uso general entre personas íntimamente unidas por la sangre y el matrimonio. La carta que los Comisarios habían traído, fuera escrita por un secretario en forma diplomática y en idioma francés. «*He recibido muchas cartas del Rey,* dijo Guillermo, *pero todas eran en inglés y de su puño y letra.*» Se expresó con una sensibilidad que no acostumbraba á mostrar. Tal vez pensaba en aquel momento en las censuras que su empresa, no obstante ser tan justa, benéfica y necesaria, traería sobre él y sobre su fiel esposa. Tal vez se lamentaba de la dura suerte que le había colocado en tal situación que sólo podía llenar sus deberes públicos rompiendo los lazos del parentesco, y envidió la feliz condición de los que no son responsables del bienestar de las naciones é iglesias. Mas tales pensamientos, si en efecto ocuparon su mente, fueron acallados con firmeza. Solicitó de los lóres y caballeros, á quienes había convocado en esta ocasión, que deliberasen acerca de la respuesta que debía darse al Rey sin que su presencia pusiese trabas á la libertad de la discusión. Él, sin embargo, se reservaba el derecho de decidir, en última instancia, después de oír la opinión general. Dejándoles allí entonces, se retiró á Littlecote Hall, castillo situado á

unas dos millas de distancia y famoso hasta nuestros tiempos, no tanto por la antigüedad de su arquitectura y ornamentos, como á causa de un horrible y misterioso crimen perpetrado allí en tiempo de los Tudors (1).

Antes de salir de Hungerford, dijéronle que Halifax había manifestado grandes deseos de ver á Burnet. Este deseo no tenía nada de extraño, pues Halifax y Burnet habían estado mucho tiempo en muy buenas relaciones. Y ciertamente no podía darse dos personas que tuvieran entre sí menos puntos de semejanza. Burnet carecía por completo de delicadeza y tacto. Halifax tenía exquisito gusto, y su sentimiento de lo ridículo era excesivamente vivo. Burnet veía todas las acciones y las personas á través de un medio falseado y coloreado por el espíritu de partido. La tendencia constante de la mente de Halifax le llevaba á ver las faltas de sus aliados con mayor relieve que las de sus contrarios. Burnet, con todas sus enfermedades y en medio de las vicisitudes de una vida pasada en circunstancias no muy favorables á la piedad, era sinceramente piadoso. El escéptico y sarcástico Halifax habíase hecho sospechoso de irreligión. Y así, Halifax fué objeto con frecuencia de la vehemente censura de Burnet, y Burnet, á su vez, era blanco de las cultas y picantes burlas de Halifax. Sin embargo, ambos se buscaban movidos de mutua atracción: gustaba al uno la conversación del otro, apreciaban mutuamente sus talentos, cambiaban sus opiniones con toda libertad y también sus buenos oficios en tiempos de peligro. No obstante, el interés personal no movía ahora á Halifax á manifestar su deseo de ver á su an-

(1) Véase una nota muy interesante del canto v del *Rokeby* de Sir Walter Scott.

tiguo amigo. Los Comisarios debía tener gran interés en conocer el verdadero objeto que guiaba al Príncipe. Habíase negado á recibirles en audiencia privada, y de lo que dijese en una entrevista pública y oficial bien poco podía deducirse. Casi todos los que disfrutaban su confianza eran tan discretos é impenetrables como él. Burnet era la sola excepción. Era notoriamente charlatán é indiscreto. Sin embargo, las circunstancias hacían necesario fiarse de él, y si llegaba á verse con Halifax, éste, merced á su gran habilidad, le arrancaría tantos secretos como palabras. Guillermo no ignoraba esto, y cuando se le informó de que Halifax quería ver al doctor, no pudo menos de exclamar: «*Si se reúnen, buena charla habrá.*» Prohibióse á Burnet ver á los Comisarios privadamente, asegurándole, al mismo tiempo, en términos muy corteses, que en concepto del Príncipe su fidelidad estaba al abrigo de toda sospecha, y á fin de que no hubiera lugar á queja la prohibición se hizo general.

Aquella tarde los nobles y caballeros, cuya opinión había pedido Guillermo, se reunieron en la gran sala de la posada principal de Hungerford. Oxford ocupó la presidencia, y se procedió á examinar las proposiciones del Rey. Pronto pudo verse que la asamblea estaba dividida en dos partidos, uno deseoso de llegar á un arreglo con el Rey, y otro que trataba de consumir su ruina. Tenía este último partido superioridad numérica, pero se observó que Shrewsbury, el cual de todos los nobles ingleses era, en opinión general, aquel en quien más confiaba Guillermo, no obstante ser whig, tomó en esta ocasión el partido de los torries. Después de mucho discutir se procedió á votar. La opinión de la mayoría era que se rechazase la proposición presentada por los Comisarios regios. Fueron á dar cuenta de la resolución de la asamblea á Little-

cote, donde estaba el Príncipe. En ninguna ocasión, durante todo el curso de su activísima vida, dió muestras de mayor prudencia y dominio sobre sí mismo. No podía desear que la negociación fuese adelante, pero era demasiado discreto para ignorar que si eran mal recibidas las exageradas condiciones impuestas por él, la opinión pública se apartaría de su lado. Así, pues, rechazando la opinión de sus más ardientes partidarios, declaró estar resuelto á tratar sobre la base propuesta por el Rey. Muchos Lores y caballeros de los congregados en Hungerford reclamaron contra esta resolución, y un día entero se pasó en cabildeos; pero la resolución de Guillermo era irrevocable. Declaró estar conforme en someter todas las cuestiones discutidas al Parlamento recién convocado y á no adelantarse á más de cuarenta millas de Londres. Por su parte, impuso algunas condiciones que, aun en opinión de sus enemigos, parecieron moderadas. Insistió en que los Estatutos existentes continuasen en vigor mientras no fuesen reformados por la autoridad competente, y que las personas que desempeñasen algún empleo sin reunir condiciones legales fuesen inmediatamente separadas de la administración. Objetó, oportunamente, que no podrían llamarse libres las deliberaciones del Parlamento si hubiera de estar rodeado de regimientos irlandeses, mientras él y su ejército se hallaban á algunas jornadas de distancia. Así, pues, consideró razonable que ya que sus tropas no avanzarían á más de cuarenta millas al Oeste de Londres, las tropas del Rey retrocediesen á igual distancia por la parte de Levante. De este modo habría en torno del sitio donde iban á reunirse las Cámaras un ancho círculo de territorio neutral. Dentro de aquel círculo había también dos fortalezas de gran importancia para la población de la ca-

pital. La Torre, que dominaba el interior de la ciudad, y el fuerte de Tilbury, que podía poner en peligro su comercio marítimo. Era imposible dejar sin guarnición estas plazas; y así, Guillermo propuso confiarlas temporalmente al cuidado de la ciudad de Londres. Tal vez fuera conveniente, cuando se reuniese el Parlamento, que el Rey, acompañado de su guardia, fuese á residir en Westminster. El Príncipe anunció que, en tal caso, también él reclamaría el derecho de alojarse allí con igual número de soldados. Parecíale justo que mientras durase la suspensión de hostilidades se considerase que ambos ejércitos estaban igualmente al servicio de la nación inglesa, y debían ser, por tanto, sostenidos de igual modo á expensas de la Hacienda de Inglaterra. Por último, exigía alguna seguridad de que el Rey no había de aprovechar el armisticio para introducir en Inglaterra un ejército francés. El punto más peligroso era Portsmouth. El Príncipe no insistió, sin embargo, en que tan importante fortaleza le fuese entregada, pero propuso que mientras durase la tregua fuese gobernada por un oficial en quien así él, como Jacobo, pudieran confiar.

Las proposiciones de Guillermo estaban concebidas en un espíritu tan caballeresco, que más bien parecían proceder de un árbitro desinteresado, pronunciando sentencia, que de un Príncipe victorioso imponiendo condiciones á un enemigo indefenso. Nada tuvieron que objetar los partidarios del Rey. Pero entre los whigs había muchas murmuraciones. No querían reconciliarse con su antiguo amo. Se consideraban libres de toda obligación respecto á él. No estaban dispuestos á reconocer la autoridad de un Parlamento convocado por Jacobo. Eran, además, contrarios al armisticio, y no podían concebir que si hubiera de llegarse al armisticio, se hiciera en igualdad de con-

diciones. Según todas las leyes de la guerra, el partido más fuerte tenía derecho á aprovecharse de su fuerza; y ¿qué había en el carácter de Jacobo que pudiera justificar la extraordinaria indulgencia con que se le trataba? Los que así razonaban, no sabían desde cuán elevado punto de vista y con qué mirada tan perspicaz contemplaba la situación de Inglaterra y Europa el jefe á quien censuraban. Deseaban la ruina de Jacobo, y por tanto, ó se hubieran negado á tratar con él en absoluto, ó le hubieran impuesto condiciones inaceptables. Era necesario al buen éxito del vasto y profundo plan político de Guillermo, que Jacobo fuese autor de su propia ruina, rechazando condiciones ostentosamente liberales. El resultado demostró cuán sabia era la política, que la mayoría de los Ingleses de Hungerford se inclinaba á condenar.

El domingo, 9 de diciembre, puestas por escrito las condiciones del Príncipe, fueron entregadas á Halifax. Aquel día los Comisarios regios comieron en Littlecote, donde una espléndida reunión fuera invitada á recibirles. El antiguo salón, adornado con armaduras que habían visto las guerras de las Dos Rosas, y con retratos de galanes que habían sido ornamento de la corte de Felipe y María, estaba ahora llena de Pares y Generales. En medio de tan gran concurrencia era fácil cambiar un breve diálogo sin que nadie lo advirtiese. Halifax aprovechó esta ocasión, que era la primera que se le ofrecía, de hacer decir á Burnet lo que sabía ó lo que pensaba. «¿Cuál es vuestra intención? dijo el astuto diplomático, ¿deseáis que el Rey caiga en vuestro poder?—En modo alguno, contestó Burnet; no queremos hacer el menor daño á su persona.—¿Y si tratora de irse? preguntó Halifax — Eso es precisamente, dijo Burnet, lo que más deseamos.» No hay duda sino que Burnet, al hablar así, expresaba la opi-

nión general de los whigs reunidos en el campo del Príncipe. Todos deseaban que Jacobo huyese del país, pero sólo algunos, de los más discretos, comprendían la importancia de que á los ojos de la nación fuera aquella fuga resultado de su propia locura y perversidad y no de malos tratamientos y bien fundados temores. Parece probable que aun en la situación extrema á que ahora se veía reducido, todos sus enemigos juntos no hubieran podido consumir su ruina, á no haber sido él mismo su peor enemigo; pero mientras los Comisarios trabajaban por salvarle, él con igual empeño trataba de hacer inútiles todos sus esfuerzos (1).

LXVIII.

LA REINA Y EL PRÍNCIPE DE GALES SON ENVIADOS Á FRANCIA.—EL CONDE DE LAUZUN.

Era, por fin, llegado el tiempo de poner por obra sus planes. La pretendida negociación había correspondido á su propósito. El mismo día que los tres Lores entraban en Hungerford llegaba á Westminster el Príncipe de Gales. Habíase pensado hacerle entrar por el puente de Londres, y algunas tropas irlandesas habían salido á Southwark á esperarle. Mas fueron recibidas con tales silbidos é insultos por la gran multitud reunida en aquel sitio, que consideraron

(1) Mi relación de lo sucedido en Hungerford está tomada del *Diario de Clarendon*, dic. 8 y 9, 1688; de Burnet, I, 794; del documento entregado al Príncipe por los Comisarios y de la respuesta de Guillermo; del *Diario de Sir Patricio Hume*, y de Citters, dic. 9 (19).

conveniente retirarse á toda prisa. El pobre infante atravesó el Támesis en Kingston, y fué conducido á Whitehall con tal secreto, que muchos le creían aún en Portsmouth (1).

La primera cosa que ahora trató de hacer Jacobo, fué enviar sin dilación, fuera de Inglaterra, al Príncipe y á la Reina. Pero ¿á quién había de encargarse efectuar la fuga? Darmouth era el más leal de todos los toríes protestantes, y Darmouth se había negado. Dover era hechura de los jesuítas, y hasta Dover se había mostrado indeciso. No era muy fácil encontrar un Inglés de rango y distinción que quisiera comprometerse á poner en manos del Rey de Francia al heredero presunto de la Corona de Inglaterra. En tales circunstancias, acordóse Jacobo de un noble francés que á la sazón residía en Londres, Antonino, Conde de Lauzun. De él se ha dicho que su vida fué más extraña que los sueños de otros hombres. Muy joven todavía, alcanzara la intimidad de Luis XIV, y le hicieran esperar los más altos empleos de la Corona francesa. Entonces su fortuna habíase eclipsado de pronto. Luis XIV arrojó de su lado al amigo de la juventud, cubriéndole de acerbos reproches y no faltando mucho, á lo que se decía, para que los malos tratamientos pasasen de las palabras á los golpes. El favorito caído había sido encerrado en una fortaleza; mas vuelto nuevamente á la libertad, había disfrutado otra vez de las sonrisas de su amo, y logró ganar el corazón de una de las primeras damas de Europa. Era ésta, Ana María, hija de Gastón, Duque de Orleans, nieta del Rey Enrique IV y heredera de los inmensos

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, II, 237.—Es extraño que Burnet no hubiera tenido noticia ó hubiera olvidado que el Príncipe había tenido que ir á Londres. I, 796.

dominios de la Casa de Montpensier. Los amantes decidieron casarse. Obtuvieron real licencia, y por espacio de algunas horas fué Lauzun á los ojos de la Corte miembro adoptivo de la Casa de Borbón. La fortuna que la Princesa llevaba al matrimonio podía muy bien haber excitado la envidia de soberanos; tres grandes ducados, un principado independiente con derecho de acuñar moneda y tribunales de justicia propios, y una renta mucho mayor que la que producía todo el Reino de Escocia. Pero tan espléndida esperanza había sido frustrada. Rompióse violentamente la unión de ambos cónyuges, y por espacio de muchos años el ambicioso cortesano estuvo encerrado en un castillo de los Alpes. Por fin Luis XIV se dejó ablandar. Prohibióse á Lauzun presentarse en la Corte, pero lejos del Rey le fué concedida la libertad. Había visitado Inglaterra y era bien recibido en el Palacio de Jacobo y en los círculos elegantes de Londres, pues en aquel tiempo los caballeros franceses eran mirados en toda Europa como modelos de elegancia; y muchos caballeros y vizcondes que nunca habían logrado entrar en el círculo íntimo de Versalles eran objeto de general curiosidad y admiración en Whitehall. Lauzun era el hombre más á propósito para el intento de Jacobo. Era valiente y pundonoroso, estaba acostumbrado á extraordinarias aventuras y con la aguda observación é irónico lenguaje del perfecto hombre de mundo, era aficionadísimo á las empresas romancescas. Todos sus sentimientos nacionales y su mismo interés personal le impulsaban á acometer la empresa, ante la cual los más fieles súbditos de la Corona de Inglaterra habían retrocedido. Podía volver con honor á su patria como guardián, en un momento de peligro, de la Reina de Inglaterra y del Príncipe de Gales; tal vez sería admitido nuc-

vamente en el tocador y en el comedor de Luis XIV, y después de tantas vicisitudes, recomenzar, en el ocaso de la vida, la por todo extremo fascinadora caza del favor real.

Animado por tales ideas, Lauzun se apresuró á aceptar la delicada misión que se le ofrecía. Hicieronse con gran prontitud los preparativos para la fuga; dióse orden que aguardase en Gravesend un barco pronto á hacerse á la vela; mas no era fácil llegar á Gravesend. Reinaba en la City gran agitación. La causa más insignificante bastaba á llamar la atención de la multitud. Ningún extranjero podía presentarse en las calles sin peligro de que lo detuviesen, le interrogasen y condujesen ante un magistrado, acusándole de jesuita que se ocultaba con un disfraz. Era, pues, necesario, tomar el camino del Mediodía del Támesis. No se omitió ninguna precaución para evitar toda sospecha. Retiráronse los Reyes á descansar, como de ordinario. Después de algún tiempo que en el palacio reinaba el más profundo silencio, Jacobo se levantó, y llamando á un criado que estaba de servicio, le dijo: *«Encontrarás un hombre á la puerta de la antecámara; condúcele aquí.»* Obedeció el criado, y Lauzun fué introducido en el dormitorio del Rey. *«Os confío, dijo Jacobo, mi Reina y mi hijo; es preciso á toda costa que lleguen á Francia.»* Lauzun, con el más sincero espíritu caballeresco, dió gracias por el peligroso honor que se le confería, y solicitó licencia para poder servirse de la ayuda de su amigo Saint Víctor, caballero de Provenza, cuyo valor y lealtad habían sido probados muchas veces. El Rey aceptó sin vacilar los servicios de tan valiosa ayuda. Lauzun dió la mano á María; Saint Víctor envolvió en su capa al infortunado heredero de tantos reyes. Los fugitivos bajaron por la escalera de servicio y se

embarcaron en una lancha. El viaje fué muy desgraciado. La noche era oscura, la lluvia caía sin cesar, rugía el viento, las olas estaban embravecidas; por fin el bote llegó á Lambeth y los fugitivos desembarcaron cerca de una posada, donde les esperaban un coche y caballos. Tardaron algún tiempo en enganchar, y entretanto María, temerosa de ser conocida, no quiso entrar en la casa. Permaneció con su hijo, tratando de abrigarse de la tormenta bajo la torre de la iglesia de Lambeth, llenándose de sobresalto cada vez que el mozo de cuadra se acercaba á ella con el farol. Acompañábanla dos servidores, la nodriza del Príncipe y la encargada de mecer su cuna; pero de muy poco podían servir á su ama, porque ambas eran extranjeras, no sabían casi una palabra de inglés y temblaban bajo el rigor del clima de Inglaterra. La única circunstancia que podía servir de consuelo era que el niño estaba bien y no exhaló la menor queja. Por fin, el coche estuvo pronto. Saint Víctor lo seguía á caballo. Los fugitivos llegaron sin contratiempo á Gravesend, y allí se embarcaron en el yatch que les esperaba. Encontraron á bordo á lord Powis con su esposa, además de tres oficiales irlandeses que habían sido enviados allí con objeto de ayudar á Lauzun en cualquier extremidad, pues no había parecido imposible que el capitán del barco fuese también desleal, y el Conde llevaba orden terminante, á la primera sospecha de traición, de hacerle dar de puñaladas. Sin embargo, no hubo necesidad de acudir á la violencia. El yatch siguió río abajo, con viento favorable, y Saint Víctor, después de haberlo visto partir, espoleó su caballo y regresó con la nueva á Whitehall (1).

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, II, 246; Pere d'Orleans, *Révolutions*

El lunes 10 de diciembre, por la mañana, supo el Rey que su esposa y su hijo habían empezado el viaje con muy buenos auspicios de llegar á su destino. Casi á la misma hora llegó un correo á Palacio con despachos de Hungerford. Si Jacobo hubiera sido algo más avisado, ó un poco menos testarudo, aquellos despachos le hubieran inducido á cambiar totalmente de plan. Los comisarios escribían llenos de esperanza. Las Condiciones propuestas por el vencedor eran extraordinariamente liberales. El Rey mismo no pudo menos de exclamar que eran más favorables de lo que él hubiera esperado. Ciertamente que muy fundadamente podía sospecharse que no habían sido redactadas con intención amistosa, pero esto no importaba nada; pues bien fueran ofrecidas en la esperanza de que, aceptándolas, dejase puerta abierta á una reconciliación pacífica, ó, como es más probable, que al rechazarlas hiciese ver á toda la nación que era completamente irracional é incorregible, la línea de conducta que debía adoptar era igualmente clara. En ambos casos debía aceptar inmediatamente las condiciones y observarlas con fidelidad.

LXIX.

FUGA DE JACOBO.

Mas bien pronto pudo verse que Guillermo conocía perfectamente la persona con quien tenía que haber-

d'Angleterre, XI; Madame de Sévigné, dic. 14 (24), 1688; Dangeau, *Mémoires*, dic. 13 (23). Respecto á Lauzun, véanse las *Memorias de Mademoiselle y del Duque de San Simón*, y los *Caracteres*, de Labruyere.

selas, y que al ofrecer aquellas condiciones, censuradas como excesivamente favorables por los whigs de Hungerford, no había arriesgado nada. La solemne farsa que había servido para entretener al público desde que el ejército real se había retirado de Salisbury se prolongó aún durante algunas horas. Todos los Lores que todavía quedaban en la capital, fueron invitados á asistir á Palacio á enterarse del estado de la negociación entablada de acuerdo con su Consejo. Convocóse otra asamblea de Lores para el día siguiente. El Lord Mayor y los Sheriffs de Londres fueron también llamados á presencia del Rey, el cual les exhortó á cumplir sus deberes con energía, confesando que, si bien había creído conveniente enviar á su esposa y á su hijo fuera del Reino, él permanecería en su puesto. Al mismo tiempo que decía esta falsedad, indigna de un rey y de cualquier hombre, estaba resuelto á partir antes del amanecer. Había ya confiado sus objetos de más valor á algunos embajadores extranjeros. Los papeles de más importancia habían sido depositados en la legación toscana. Pero antes de darse á la fuga aun le quedaba algo que hacer. El tirano se complacía á la idea de poder vengarse de un pueblo que había sufrido con impaciencia su despotismo, dejándole al partir todos los males de la anarquía. Hizo traer á su cámara el Gran Sello y los edictos para la convocación del nuevo Parlamento. Arrojó al fuego cuantos quedaban, y por medio de un documento redactado con todos los requisitos legales, anuló los ya publicados, y escribió á Feversham una carta que podía entenderse tan solo como una orden de dispersar el ejército. Sin embargo, aun ocultó el Rey á sus principales Ministros su plan de fuga. Cuando ya se retiraba á descansar, dijo á Jeffreys que al día siguiente asistiera á primera hora á su gabinete, y al mismo

tiempo que se metía en el lecho, murmuraba al oído de Mulgrave que las noticias de Hungerford eran en extremo satisfactorias. Todos se retiraron, excepto el Duque de Northumberland. Era este joven hijo natural de Carlos II y de la Duquesa de Cleveland, mandaba un regimiento de Guardias de Corps y era gentilhombre de cámara. Según parece, era por este tiempo costumbre en la Corte, que en ausencia de la Reina durmiese en un colchón en la cámara del Rey un gentilhombre, y aquella noche le tocó á Northumberland.

A las tres de la mañana del martes 11 de diciembre, Jacobo se levantó, cogió el Gran Sello, dió orden á Northumberland de no abrir la puerta del dormitorio hasta la hora ordinaria, y desapareció por un pasadizo secreto: el mismo, probablemente, por donde fuera conducido Huddleston á la cabecera del difunto Rey. Sir Eduardo Hales esperaba con un coche de alquiler, en el cual se dirigió Jacobo á Millbank, allí atravesó el Támesis en una pequeña embarcación. Al pasar frente á Lambeth arrojó el Gran Sello en mitad de la corriente, donde muchos meses después salió, por casualidad, en la red de un pescador.

El Rey desembarcó en Vauxhall, donde se había dispuesto un carruaje para él, é inmediatamente tomó el camino de Sheerness, á cuyo punto una embarcación perteneciente á la aduana había ido á esperar su llegada (1).

(1) *Historia de la deserción*; Clarke, *Vida de Jacobo*, II, 251. *Mem. orig.*; Mulgrave, *Noticia de la Revolución*, y Burnet, I, 795.

CAPÍTULO X.

El Interregno.

1688.

I. Sábese la fuga de Jacobo.—Gran agitación.—II. Reunión de Lores en la Casa Consistorial.—III. Tumultos en Londres.—IV. Saqueo de la Embajada Española.—V. Arresto de Jeffreys.—VI. La *Noche Irlandesa*.—VII. El Rey es detenido cerca de Sheerness.—VIII. Mandan los Lores que el Rey sea puesto en libertad.—IX. Perplejidad de Guillermo.—X. Arresto de Feversham.—Llegada de Jacobo á Londres.—XI. Consulta de Windsor.—XII. Ocupación de Whitehall por las tropas holandesas.—XIII. Comunícase á Jacobo el mensaje del Príncipe.—XIV. Sale Jacobo para Rochester.—XV. Llegada de Guillermo á Saint-James.—XVI. Aconsejanle apoderarse de la Corona por derecho de conquista.—XVII. Convoca Guillermo el Parlamento de Carlos II.—XVIII. Jacobo huye de Rochester.—XIX. Debates y resoluciones de los Lores.—XX. Debates y resoluciones de los Comunes citados por el Príncipe.—Nómbrase una Convención de los Estados del Reino.—Esfuerzos de Guillermo para restablecer el orden.—XXI. Su política tolerante.—XXII. Satisfacción de las potencias católicas.—Estado de la opinión en Francia.—XXIII. Recibimiento de la Reina de Inglaterra en Francia.—XXIV. Llegada de Jacobo á Saint-Germain.—XXV. Estado de la opinión en las Provincias Unidas.—XXVI. Elígense los miembros de la Convención.—XXVII. Asuntos de Escocia.—XXVIII. Estado de los partidos en Inglaterra.—XXIX. Plan de Sherlock.—XXX. Plan de Saneroff.—XXXI. Plan de Danby.—XXXII. Plan de los whigs.—XXXIII. Reúnese la Convención.—Jefes principales en la Cámara de los Comunes.—XXXIV. Elección de Presidente.—XXXV. Debate